



Los hijos, sonrisa del mundo

Por JOSE LUIS DE CELIS

«Dejad que vengan a Mí los niños, y no se lo estorbéis; porque de los que se asemejan a ellos es el Reino de Dios.»

(San Marcos, X, 14).

Los hijos! ¡Qué palabra, ardiente y llena como un formidable tratado de Filosofía! Ellos embellecen la vida con el gozo de sus alegrías y las tristezas de sus dolores chiquitos; ellos, que con estas alegrías y estos dolores son la idea, hecha sustancia de vida, del Creador, cuando en el principio de todas las cosas creó el mundo dando soplo de vida al hombre y a la mujer y—cuando éstos pecaron— apartándolos de Su presencia para ganarse el pan con sudor de su frente y continuar su especie. —«Creced y multiplicaos»—: Pero Eva pariría sus hijos con dolor.

Y nacieron Caín y Abel. Y desde entonces hay niños sobre la tierra.

Cuando el Creador descendió al mundo para abrir a los pecadores su camino de salvación, encarnó en una niñez, perfecta y admirable, mas con las penas y los gozos de toda niñez. Dios mismo da preferencia a los niños con palabras a sus discípulos: «Dejad que vengan a Mí, y no se lo estorbéis».

Ya están en el mundo los hijos; ya apunta el fruto de aquella simiente. ¿Hacia dónde la llevará el soplo de la vida?

INFANCIA

«Alzad vuestros ojos, tended la vista por los campos, y ved ya las mieses blancas a punto de segar». (San Juan, IV, 35). Son los frutos benditos de la cosecha de la infancia: alborozo de un sol nuevo que se levantara sobre las tinieblas del mundo. Idea de una vida en pie para un porvenir; ignorado, mas forzosamente risueño, porque de un Caín y un Abel primordiales nada se puede sospechar en concepto de maldad «a priori», aunque a veces tan ruin cosecha venga a dar un día ese Caín cualquiera. Pero nunca hay que esperar estas cosas, sino claros paisajes de esperanza, en el fondo de esas almas pequeñas, que son

*pompa y alegría,
despertando al albor de la mañana,*

